

XIII. Monarquía perfecta

Los sueños son maravillosos cuando son bonitos y agradables; dejan, al despertar, una sensación muy especial de esperanza o de que algo bueno va a pasar en el futuro próximo. Para un presidente en México es, no sólo duro, sino durísimo, poder hacer lo que se está haciendo. Por sistema, el presidente está solo y casi siempre en el aire, a medio metro del suelo, sin contacto con la realidad por culpa de los adulates colaboradores. Mario Vargas Llosa, en un comentario muy ágil e ingenioso pero muy desafortunado —le costó la presidencia de su país, y a Perú, tener que aguantar a un japonés que apoyado por un grupo subrepticio se ha reelegido tres veces—, dijo que México era la dictadura perfecta. La verdad es que no estaba tan errado, sólo que se equivocó en el término. México es una monarquía perfecta, y si no lo creen, a las pruebas nos remitimos, empezando por la definición etimológica:

"Monarquía" significa "gobierno de uno". En México, el presidente es uno y sólo uno; es el hombre más poderoso de la tierra; no hay un país con los recursos, el presupuesto y la cantidad de habitantes que tiene México. Cuando se llega a ese nivel de autoridad, todas las decisiones las toma el presidente, son inapelables y no pueden ser contrarrestadas; nadie se atreve a contradecir o, siquiera, a criticar su decisión y, menos, a decirle que está equivocado, bajo pena de ser aislado, no por el presidente mismo, sino por el sistema establecido. Dice un viejo dicho político en México que cuando el presidente se equivoca, sólo vuelve, como en el caso de la ley inquilinaria, a mandar. Cuando Luis Echeverría, ya para terminar su gestión, ordenó la

expropiación de la más grande zona productora de trigo en el país, en el Valle del Yaqui, para entregársela a los ejidatarios —medida demostrada posteriormente como la peor del sexenio— un diputado pidió ante la Cámara y frente a la televisión nacional que por esa "extraordinaria" medida de interés nacional, se inscribiera en letras de oro en la propia Cámara el nombre de Luis Echeverría, junto al de Belisario Domínguez y otros héroes de nuestra patria. Por supuesto, no se hizo nada al respecto. En la misma forma, cuando López Portillo nacionalizó la banca —medida aconsejada a su hijo Pepito, en Cancún, por Fidel Castro, nada menos que para inmortalizarlo—, un grupo de jilgueros diputados del PRI tomó la palabra y, durante horas, aburrió a los asistentes a esa sesión para convencerlos de lo maravilloso de tal medida. Ahora, ellos mismos, convertidos en importantes funcionarios, aplauden la reprivatización bancaria.

Hoy, el ejido está en vías de extinción y la banca nacionalizada ya desapareció, con lo que nos damos cuenta de para qué sirven las grandes decisiones presidenciales de tipo visceral. Nadie se atreve a denunciar a un presidente y, menos, cuando ha sido impuesto por Estados Unidos. Por eso, la figura de Belisario Domínguez es grandiosa; fue el único representante en la Cámara, por Chiapas, que se atrevió a denunciar el terrible crimen de Victoriano de la Huerta al organizar el golpe militar, cuyo resultado fue el asesinato, en Lecumberri, de nuestro gran héroe don Francisco I. Madero.

Regresando al tema de la monarquía, la de México es realmente perfecta, no tiene los defectos de las monarquías clásicas que han existido en Europa y en otros lados del mundo desde tiempos inmemoriales. En una monarquía convencional, el individuo o monarca se sienta en el trono con el control absoluto del imperio durante el tiempo que viva, mientras no sea derrocado por algún pariente disgustado y apoyado por los reinos o gobiernos vecinos. Esto acarrea consigo varios problemas muy críticos.

En primer lugar, se puede dar el caso de que a este particular monarca, con el trono heredado de su padre o su madre, le hayan

tocado algunos genes no muy bien ordenados en su espiral de programación del DNA, lo que comúnmente denominamos "tarado"; es decir, viene arrastrando taras o genes defectuosos de sus antepasados (el origen de este problema se encontraba, casi siempre, en el matrimonio entre parientes cercanos). Partiendo del principio de que es un retardado mental, pero con suficiente capacidad para pensar, hablar y, más o menos, dilucidar los problemas, ocurría que de inmediato se le acercaban tipos de gran intelecto pero intenciones malvadas para aconsejarlo y manejar el reino a su antojo. Muchos años después, cuando el monarca envejecía, seguía reinando a través de los consejos del malvado primer ministro, con el resultado de que todo salía al revés de como se planeaba o proyectaba. Al morir, por lo general, para suceder al rey se nombraba no al más apto, sino al más maleable y manejable, para que el primer ministro y sus colaboradores pudieran seguir mangoneando todos los asuntos del reino. Este vicio se continuaba por siglos y siglos, sólo con el cambio lógico de monarcas y primeros ministros.

Por el contrario, en la monarquía mexicana, con excepción de las efímeras de Iturbide y Maximiliano, la herencia no se continúa a través de un hombre sino de un partido o grupo de hombres. La ventaja de este sistema es que, en este grupo de profesionistas del oficio de gobernar, se conocen entre todos sus defectos y virtudes, pues tienen años de convivir con los mismos problemas dentro del partido. Han habido grandes excepciones y sorpresas, la principal de ellas, la que se llevó don Gustavo Díaz Ordaz al darse cuenta de que don Luis había estado muy calladito durante los treinta años que estuvo haciendo cola para llegar a la oficina de boletos del PRI. Estuvo a punto de darlo de baja de la campaña por motivos de salud como a Colosio ¡cuánto gasto y problemas le hubiera ahorrado al país si se hubiera atrevido a pararlo cuando todavía era tiempo! Después se desencadenó la docena trágica populista, con los resultados que todos conocemos. Lo mismo le pasó a don Luis con don Pepe. Fueron amigos desde la adolescencia y el primero pensó que, como era de su propia hechura y lo había sacado del lío en que se metió con las jun-

tas de mejoras materiales —en Baja California hasta se hablaba de una orden de aprehensión y, entonces, Bob de la Madrid, al darse cuenta, se echó la culpa, exonerando a don Pepe—, cuando fuera presidente le iba a ser fiel hasta el fin. Si don Luis se hubiera dado cuenta de lo ingrato que era López Portillo, se hubiera ahorrado muchos problemas, y a México, muchos, pero muchísimos millones de dólares, que todavía debemos y estamos pagando con grandes sacrificios.

La monarquía perfecta es la que permite al presidente de nuestro país ser el hombre más poderoso de la tierra durante seis años. Después, viene el siguiente que, por lógica es escogido por el monarca actual. Este sistema podrá tener muchos defectos, pero día a día, más bien sexenio a sexenio, se perfecciona. Para empezar, los miembros de la cúpula gubernamental que manejará al país son profesionistas, la mayoría, de familias educadas, acomodadas y cultas que, ya sea por su cuenta o por medio de becas, han hecho estudios de postgrado en las mejores universidades de Estados Unidos o de Europa. Esto ya es un buen comienzo; además, han tenido que pasar por años de entrenamiento en algo que únicamente se aprende en los corredores y en las oficinas del gobierno: dominar el oficio de la "grilla". Esta palabra significa que la política es un hervidero de grillos dentro de una cazuela, en donde todos producen ruido para aparentar que están haciendo algo; se patean unos a los otros, se apoyan en quienes están a su alrededor y, sobre todo, tratan de brincar lo más alto posible para conseguir mejor espacio para desenvolverse. Curiosa, también, la similitud entre las palabras "grilla" y "guerrilla"; cuando los eternos dominadores de la grilla no se ponen de acuerdo, sólo tienen que agregar una *u* de usurpación, una *e* de enemistad y una *r* de recursos para organizar una "guerrilla", como sucedió en Chiapas. No hay otro país en el mundo que manejara sus cuestiones políticas en forma tan *sui generis* como México y su Partido Revolucionario Institucional durante 70 años hasta que Fox consigue derrocarlo. El sistema eera tan perfecto, que tenía el récord mundial de tiempo en el poder en forma ininterrumpida. Algunas veces con toda clase de artimañas, y otras porque convenció al pueblo, pero siempre o, cuando

menos, casi siempre ganaba las elecciones, dejando las migajas para los demás partidos; para que así, pudiera decirse que existe democracia en México. Bendita sea la hora en que se le ocurrió a don Plutarco crear el más maravilloso sistema de monarquía, único en el mundo, por fortuna para México. Cada vez más se perfecciona el sistema de selección, pues el monarca en turno sabe de qué pie cojean sus colaboradores (don Gustavo y don Luis fueron las excepciones), lo cual dará origen a un sistema de perfeccionamiento denominado en antropología "presión de selección", es decir, los hombres y las mismas circunstancias presionarán para nominar al mejor preparado; en pocas palabras, la supervivencia política del más adaptado al sistema. Ahora con el PAN en el poder y el PRD organizando plantones y huelgas vemos con gran temor los nubarrones que se avecinan al despertar del México bronco. Muchos mexicanos soñamos con que algún día reaparezca don Belisario Domínguez para hablarle a la nación, exigiendo respuesta a las preguntas que flotan en nuestra mente. Su discurso ante la Cámara podría ser, más o menos, el siguiente:

Señores Senadores:

"Por múltiples razones he sido escogido para reencarnar y presentarme ante ustedes, tomando la palabra, nuevamente, con un discurso similar, quizás, al que hace más de ochenta años dirigí ante esta Honorable Cámara de representación popular.

Las razones pueden ser, quizá, porque fui originario de Comitán de las Flores, centro geométrico del levantamiento de los neozapatistas en contra del gobierno neoliberal; o bien, porque fui el único con el valor suficiente para llamar la atención en forma pública lo que en privada era un tormento de voces en cuello: nuestro pueblo sabía que Victoriano Huerta, en combinación con el embajador Wilson, organizó la traición para asesinar a Madero y a Pino Suárez. Sin embargo, nadie se atrevía a gritar o a oponerse.

Por supuesto, me costó que el inspector Quiroz me sometiera a los más increíbles tormentos para confesar quién me utilizó para denunciar a Huerta, lo cual no pude hacer, sencillamente, porque no existía nadie; también, que un tal doctor Urrutia, en su clínica de la colonia Roma, me

cortara la lengua, ahora reencarnada; y terminar asesinado de la manera más artera por unos desconocidos.

Tal vez estoy ante ustedes porque, en forma premonitoria, ya desde entonces mencionaba en ese discurso: "La situación del país fue en esa época y también ahora de tal modo apremiante, que se necesita la unión de todos nosotros para salir avantes, subsanando las desgracias que afligen actualmente a la patria y evitando otras mayores que la amenazan".

"Esto es gravísimo, señores senadores, puede provocar un conflicto internacional con Estados Unidos que llevaría a la intervención y, escuchen bien, señores, sería la muerte de todos los mexicanos que tengan honor".

Yo, con toda sinceridad, creo que me mandaron aquí porque, además de estar emparentado con los dos gobernadores más nefastos de mi natal Chiapas, Absalón y Jorge, fui, y sigo siendo, bastante ingenuo como para creer en la bondad y rectitud de algunos políticos; además, porque el gobierno revolucionario ha creado una gran mística alrededor de mi persona. A veces, hasta me causa una sonrisa involuntaria el pensar que tengo nombre de medalla.

En realidad, no es tan importante averiguar por qué me encomendaron esta terrenal misión. Lo que sí es primordial, es escuchar lo que tengo que decirles como observador etéreo de los acontecimientos ocurridos en mi estado natal. Lo único que les pido, además de atender a mi mensaje, es la autorización para presentarme ante el presidente de la república, no para pedirle su renuncia, sino para exigirle algunas aclaraciones.

¿No creen ustedes que tanto el presidente como los anteriores secretarios de Gobernación sabían muy bien lo que se estaba gestando en Chiapas y ahora en Guerrero y Oaxaca? La pregunta es ¿por qué lo permitieron?; si ya desde mayo de 1993 había informes sobre enfrentamientos entre el ejército y grupos guerrilleros, los cuales estuvieron controlados por la dependencia encabezada en ese entonces por Gutiérrez Barrios; ¿por qué su súbita renuncia? ¿Y la del Procurador General de la República? ¿O fueron, más bien, despidos simultáneos?

Autorícenme, señores senadores, para acudir en su representación ante el señor presidente para demandarle que, a nombre de ustedes y de todos los mexicanos, por primera vez en nuestra historia se nos diga toda la verdad de lo ocurrido. Al fin y al cabo ya estoy acostumbrado a que me silencien de alguna manera.

¿Quién está detrás del subcomandante Marcos y sus zapatistas? ¿O del movimiento magisterial de Oaxaca? ¿Quiénes ponen las armas, equipo y dinero para convencer a unos pocos nativos, malamente llamados indios, de esa zona, para que ellos pongan los muertos? ¿Qué papel juegan en todo esto los partidos de izquierda que no estuvieron de acuerdo en la firma del TLC? O las elecciones ganadas por el PAN ¿Qué posiciones políticas se están tratando de negociar? ¿O, quizá, desde ahora se está negociando la denominación del candidato para el año 2012? Resulta obvio que, desde mi etérea posición, ya conozco las respuestas, pero es irrelevante; lo que importa es que el presidente informe a su pueblo con la verdad, y nada más que la verdad.

Que nos diga porque el gobierno no hace absolutamente nada al respecto si se sabe a ciencia cierta de que todos los problemas de México en los últimos años se deben al pleito casado entre Salinas y Echeverría. El primero por proteger sus intereses en todos los grandes negocios de México y Sudamérica y el segundo por obedecer los lineamientos de la Internacional Socialista y proteger sus negocios y socios.

¿No creen ustedes que tenemos derecho a saber lo que ocurre en México a nuestras espaldas? ¿Cómo la CIA, que no permite a nadie, excepto a ellos mismos, manipular ningún país latinoamericano —su esfera de poder y control desde tiempos inmemoriales— intervino para acabar con el movimiento organizado desde nuestro país, dando como resultado que el comandante Cero quedara desocupado y fuera del control del gobierno de Nicaragua?; gobierno éste que, mediante una maniobra de limpieza electoral, ingenuamente le pasó Ortega a la señora Chamorro.

Permítanme, señores senadores, preguntar cómo es posible que el gobierno no haya hecho nada en la época de Méndez Arceo, obispo de Cuernavaca, quien desde su púlpito arengaba a las clases menesterosas del sur de México para levantarse en armas, en protesta por la injusticia social hacia los pueblos oprimidos. Él mismo organizó asociaciones religiosas que importaban guerrilleros del Salvador y Nicaragua para adoctrinar y, acaso también, entrenar mexicanos, que se alistaban bajo los órdenes de lo que luego se denominaría Ejército bajo la Bandera de la Teología de la Liberación.

Que el presidente nos indique por qué el obispo Ruiz fue, primero, señalado como el causante del levantamiento de 1993, a punto de ser relevado por el Delegado Apostólico, y luego, durante el levantamiento de enero de 1994, considerado no sólo pieza clave del mismo sino tam-

bién nombrado coordinador, junto con Camacho Solís, ahora asesor de López Obrador, en las pláticas de paz.

¿No creen ustedes, señores, que el presidente sabe perfectamente, y así podría informárnoslo, las ligas entre estos levantados y la cueva del diablo de los dinosaurios nostálgicos del poder? Este poder les fue arrebatado de las manos por los tecnócratas forjadores del neoliberalismo social; Martínez Domínguez ha gritado a los cuatro puntos cardinales que esos jóvenes son unos ingratos pues ellos, los jurásicos, los becaron para obtener sus doctorados en Estados Unidos y Europa, instalándolos, a su regreso, en buenas posiciones dentro de la maquinaria gubernamental; y cuando tomaron el poder, en silencio los hicieron a un lado. ¿Creen ustedes que aquéllos se iban a quedar muy quietos?

Además, el presidente nos podría aclarar si la CIA —en la actualidad cuenta con tecnología de información tan precisa que pueden tomar fotografías del reloj <¿acaso *Rolex, but of course?*> del subcomandante Marcos— le informó acerca de unos guerrilleros muy bien armados que se adiestraban en pleno territorio del sur de nuestro país.

Estas interrogantes y dudas, que saltan no sólo en sus mentes sino en las de los mexicanos con capacidad de análisis y de conciencia social y política, podrán ser, de una vez por todas, contestadas por nuestro mandatario; si se atreve a hacer públicas las respuestas, pasaría a la historia con una imagen como la que se propuso construir en su campaña presidencial: la de un hombre recto, veraz y deseoso de terminar su sexto año honesto y leal con el pueblo de México.

Señores senadores: Concédanme la honra de ir comisionado por esta augusta asamblea a pedir al señor presidente que nos otorgue el beneficio de la verdad que, a todas luces, merecemos como simples ciudadanos y observadores de lo que a nuestro alrededor ocurre.

Si así lo hace, que todos los mexicanos lo situemos, en la posteridad, en un lugar en donde sólo nuestros próceres descansan..., y si no, que la patria y el tiempo lo juzguen”.